ASESINATO POR FANATISMO CIENTIFICO,

COMETIDO POR EL MEDICO

MATHIEU BARTHAS.

A mediados del siglo XIV, habitaba en la calle de la Fuente Brunchaut un hombre importante, llamado Mathieu Barthas, que llevaba el título de *físico*, (es decir, médico) del rey.

Mathieu Barthas era un personaje afamado por su ciencia, asi como por su elocuencia y su caridad. Admirábanle mucho los hombres doctos á causa de sus profundos conocimientos y de su palabra elocuente. Los pobres le veneraban y le amaban, porque los asistia con preferencia á los ricos, y empleaba en su curacion los importantes honorarios que le pagaban los grandes señores, los príncipes y hasta el rey Carlos V.

En frente de la habitacion de M. Barthas habia una pobre casucha que ocupaba un pergaminero, cuya pobreza era estrema, y que por causa de esto, conocia al célebre médico. El Viernes Santo del año 1364, á la caida de la tarde, se hallaba asomado el pergaminero Joulu á la ventana de su miserable zaquizami, esperando á su aprendiz Saturnino y reflexionando en su pobreza, cuando vió venir á M. Barthas y entrar en su casa, acompañado de un peregrino, con su sayo y su capuz, sus conchas, su calabaza y su inevitable báculo.

Muy bien, dijo entre sí Joulu: ya ha encontrado cena ese peregrino. M. Barthas es tan bueno y tan generoso que va á dar á su huésped una pitanza de canónigo.

Largo tiempo hacia que estaba Joulu á su ventana reflexionando en su pobreza, cuando á cosa de las diez de la noche vinieron á sacarle de sus tristes recuerdos, gritos lastimeros y lamentables suspiros. Dispertada su atencion, no le quedó duda que era de la casa de Barthas de donde partian aquellos estraños ruidos.

Sin poder comprender las palabras que llegaron hasta él, el artesano distinguió no obstante dos voces diferentes, una de las cuales suplicaba é imploraba, mientras que la otra era seca, febril y temblorosa. Despues cesó todo rumor y quedó la casa del doctor sumida en el silencio habitual, silencio tan conocido y tan respetado por los habitantes del barrio, que cuando alguno de ellos pasaba cerca de este laboratorio científico, interrumpia la mas animada conversacion y callaba súbitamente. Era este un doble homenaje que se tributaba al hábil profesor que curaba enfermedades incurables y al hombre que empleaba su dinero en obras caritativas.

Entre tanto Joulu no se atrevia á moverse, permaneciendo á la ventana, con el rostro lívido, los cabellos erizados y bañada la frente de un sudor frio, se hacia mil cruces y dirigia mentalmente á san Pacomio, santo de su devocion, las mas fervientes oraciones. En aquel momento vió llegar corriendo á su aprendiz Saturnino, que le dijo lleno de gozo:—Maestro, aquí teneis estas monedas que he cobrado de un parroquiano nuestro, ¿queréis que vaya á comprar pan para hacer sopas, puesto que hoy aun no hemos comido?

No se trata ahora de comer, dijo Joulu: ocurre algun horrible acontecimiento en casa del digno físico Mathieu Barthas. Lo han asesinado; lo juraria por mi vida.

—¡Oh! no es eso posible, ¿quién ha podido hacerlo? contestó el aprendiz consternado.

—No hace mucho que he visto entrar á Barthas en su casa, cerrada ya la noche; el digno hombre llevaba consigo á un peregrino, y bajo este devoto traje, se ocultaba el corozon de un asesino. No ha podido ser otra cosa.

—Pudiera ser, dijo Saturnino; ¿pero qué haremos nosotros?

—¿Qué haremos? ir á ver al señor prevoste de París, M. Plaimpre, y decirle, que acaba de morir de mala muerte á manos traidoras de un peregrino, el sabio físico del rey Carlos V.

—Ah, tranquilizaos, replicó el aprendiz, en dos minutos ire á avisarle. Y diciendo esto, se puso en marcha Saturnino.

No bien llegó á casa del prevoste, fue presentado á

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación